

Usted sí puede tener un paleotragus por Antonio Orlando Rodríguez

Publicado en la revista Letras Cubanas (La Habana), #6, 1987.

Cuando el libro *Los mundos que amo*, de Daína Chaviano, obtuvo el Premio David, se inició la trayectoria de una escritora llamada a convertirse en la principal animadora de la ciencia-ficción en Cuba. Durante varios años orientó el primer taller para autores noveles de CF fundado en América Latina, dictó conferencias y publicó artículos en revistas, aparecía frecuentemente en las emisoras radiales e incluso intervino como comentarista en ciclos de filmes de CF exhibidos a través de la televisión cubana.

Los mundos que amo debió impactar por motivos diversos al jurado que lo premió (grata factura; rechazo evidente a esa superflua tecnoparafernalia que lastra no pocos textos de CF; interés por delinear la sicología de los personajes; preocupación por conseguir la mayor verosimilitud en la exposición de atmósferas y situaciones); pero sospecho que la razón principal fue su vitalidad, su carácter prometedor. En un momento en que la literatura de CF cubana sólo contaba con un escritor empecinado en seguir cultivando esta modalidad (Ángel Arango), a pesar de la generalizada indiferencia de sus colegas, llegaba de repente una autora veinteañera acompañada de cinco historias que, con su frescura y espontaneidad, propinaban una inyección de optimismo a un género que languidecía en espera de la atención de nuevos autores.

Cada una de las narraciones de aquel primer libro llama a una puerta diferente. Lo más significativo del pequeño volumen, no sólo por la eficacia de su narrador en primera persona que consigue acercarse a la veracidad de lo testimonial, sino también por la selección del entorno cubano contemporáneo para desarrollar la trama, es la noveleta que le da título. «Los mundos que amo» seduce por su mezcla de ingenuidad y vehemencia, por su explícito llamado a la paz y al entendimiento entre los hombres. Sin embargo, los que supusimos que en ese relato del contacto de una muchacha con una civilización extraterrestre estaba el camino futuro de Daína Chaviano, su manera, nos llevamos un enorme y maravilloso chasco cuando apareció su segunda colección de cuentos.



En *Amoroso planeta*, la autora explora las múltiples posibilidades de lo fantástico, lo mítico y lo onírico, y las pone en función de sus intereses. En estas historias, es un cosmonauta quien despierta a la Bella Durmiente en un planeta lejano; la relación entre una viajera del espacio y un unicornio sirve para trazar una parábola acerca del amor capaz de dinamitar prejuicios de toda índole. Lo erótico y lo mágico, elementos primordiales dentro de lo que se ha dado en llamar «Nueva Ola» de la CF, se manejan como constantes en estos relatos de marcada filiación poética. La autora parte de motivos de diversas culturas (egipcia en «El papiro de Ptah»; hebrea en «La anunciación»; griega en «Níobe», un cuento imprescindible en cualquier antología hispanoamericana del género) y a partir de ellos construye, recreándolos libre y creativamente, novedosas interpretaciones.

El libro consternó, sin dudas, a los amantes de la CF tradicional. ¿El Principito dialogando con un astronauta? ¿Brujas, vampiros y pegasos coexistiendo con naves espaciales y travesías en el tiempo?... Lo curioso de estos cuentos que tanto deben al folclor y a la literatura infantil es que, como apuntó certeramente Ángel Arango, al concluir su lectura “se afirma implícitamente la realidad de todo lo que hemos presenciado, porque para Daína Chaviano los mitos y los cuentos de hadas fueron, de algún modo, una realidad del hombre o deben tener su contrapartida real”.

Después de leer *Amoroso planeta*, el crítico Jean-Pierre Moumon, codirector de la revista francesa especializada en CF Antares, auguró que la producción futura de su autora se inclinaría hacia “lo mágico y lo maravilloso”. *Historias de hadas para adultos* corrobora plenamente ese juicio.

Este tercer libro de la joven escritora es resultado lógico de un proceso de maduración y decantamiento; no puede verse como una pieza aislada, sino como consecuencia de las búsquedas y los hallazgos formales y temáticos que había obtenido en su obra precedente. Pero detengámonos en cada una de las tres noveletas que se reúnen aquí.

Lo primero que se impone decir sobre «La granja» es que no se trata, en lo absoluto, de una historia de CF, pese a la clasificación genérica que aparece en la cubierta. Es una historia que, si recurriéramos a la tipología propuesta por Tzvetan Todorov en su libro *Introducción a la literatura fantástica*, podríamos incluir dentro de lo «fantástico-maravilloso», es decir, se trata de un relato que se presenta como fantasía desde sus primeras páginas y que concluye con la aceptación, por parte de su narrador personaje, del carácter sobrenatural de los acontecimientos que se exponen. Con «La granja», la autora se propone abordar un problema que ha llamado la atención de no pocos creadores en los últimos años: la relación fantasía-hombre contemporáneo. Es, de cierto modo, una obra de tesis, de ahí el



tono conceptual de no pocos de sus diálogos. En una vieja granja capaz de desplazarse a través del tiempo y el espacio, y de llegar a cualquier sitio donde la humanidad esté urgida de fantasía, cobran vida los personajes de la saga del Rey Arturo. Ellos acogen a un periodista extraviado en una noche de tormenta y descubren ante su mirada atónita ángulos de la realidad cuya existencia no sospechaba siquiera.

La noveleta es también un homenaje de Daína Chaviano a sus grandes amores literarios. Homenaje que se evidencia en el empleo de personajes clásicos de la tradición anglosajona y también en el pasaje que describe la primera visita del protagonista a la biblioteca de la mansión, donde descubre estantes repletos de obras de autores desconocidos para él (James Frazer, Mary Stewart, Michael Ende, Ursula K. LeGuin). Pero el homenaje se torna a veces mucho más sutil, intertextual: ¿no es sospechoso que la palabra mágica que emplean los habitantes de la granja para penetrar en su granero-acervo-imaginativo-de-la-humanidad sea amigo, justamente la misma que tuvo que pronunciar el mago Gandalf para poder trasponer en compañía de su troupe las puertas de Durín, Señor de Moria (*El señor de los anillos*, J.R.R Tolkien, tomo I).

«La granja» es un aldabonazo, una exhortación al ejercicio de la fantasía como medio de perfeccionamiento del ser humano. La presencia, primero invisible y luego percibida por el héroe, de un animal misterioso, “dulce y melancólico”, nombrado paleotragus, es un leitmotiv de la obra: nos recuerda, entre otras cosas, que la capacidad de imaginar, de reorganizar creativamente los elementos de la realidad, no debe ser un juego exclusivo de la infancia, sino una actitud y una aptitud a defender cuando ingresamos en el complicado mundo de las personas mayores. Usted sí puede tener un paleotragus, parece decirnos la escritora en esta suerte de arte poética: sólo es preciso que sea capaz de descubrirlo en medio del ajeteo cotidiano, incluso si se oculta entre los bosques de la monotonía.

Las otras dos piezas que integran el volumen («La dama del ciervo» y «Un hada en el umbral de la Tierra») se insertan, cada una con sus peculiaridades, en esa tendencia de la CF donde, lo que en apariencia es sobrenatural, recibe, finalmente, una explicación racional o plausible, si nos atenemos a las convenciones del género.

Una constante en la narrativa de la autora desde sus primeros textos hasta los más recientes es la preocupación por la comunicación con el lector. Eso la lleva, en ocasiones, a ser más explícita de lo que desearíamos, en un afán por no dejar ningún cabo suelto en las tramas, por conseguir que todo quede claro para sus destinatarios. Incluso, cuando se propone experimentar formalmente, su indagación está siempre subordinada a esa voluntad de que nada interfiera en



demasiá el estrecho nexo lector-fábula que ella procura tender desde los párrafos iniciales. Esto explica, en parte, que reencontremos «La dama del ciervo» (originalmente un cuento de *Amoroso planeta*), transformado en un relato de mayor extensión. Si bien es cierto que en la anterior versión quedaban zonas oscuras, tópicos sólo esbozados o sugeridos, y que ahora han sido retomados y desarrollados convenientemente.

«La dama del ciervo» propone una mirada al nacimiento de las leyendas que han rondado al ser humano desde los tiempos más antiguos. No es casual, por tanto, que los nombres de sus protagonistas (Vrena y Adante, líderes respectivos de las fuerzas del Bien y del Mal), recuerden los de nuestros padres bíblicos: Daína entrega una novedosa génesis, sólo que no de la humanidad, sino de sus mitos. ¿Magia o mutaciones por contaminación radiactiva? ¿Fueron tal vez faunos, vampiros y brujas, pobres criaturas de una especie en extinción, ancestros de los hombres llamados a magnificarlas, a reinventarlas a través de su imaginación?

A la manera de los clásicos de la literatura fantástica, la narración recurre a enigmas que, aun cuando se revelan, continúan siendo crípticos. Los recursos tropológicos están en función de lograr un estilo cercano al de las viejas sagas; lo cual explica también el deliberado exotismo de los escenarios y la presencia, en descripciones y diálogos, de un exaltado romanticismo.

«Un hada en el umbral de la Tierra» es la más compleja y ambiciosa de las novelas breves incluidas en el libro: descansa esencialmente en la analogía que se establece entre las hadas (homenaje a la quisquillosa Campanilla de Cobre del *Peter Pan* y *Wendy*, de James M. Barrie) y los misteriosos sobrevivientes del planeta Garnys.

Encontramos aquí una sólida estructura donde por momento múltiples voces se superponen vertiginosamente, y un cuidadoso diseño psicológico de los personajes. Por primera vez en la CF cubana la relación madre-hijo se convierte en centro de atención y eje en torno al cual gira una historia; y precisamente la ternura de Niza y el candor de Tomy, así como la crispada comunión que sostienen en medio de una situación de extremo peligro, contrasta con un rasgo que llega a convertirse en protagonista: el horror. Hay que celebrar, por otra parte, la intensa progresión dramática de la trama y la adición de elementos de suspenso que concluyen en un clímax de gran tensión.

Para concluir, es conveniente apuntar algo que se desprende de cuanto se ha expuesto en estas líneas: en el contexto quizás un poco monocorde la CF cubana, este libro representa un registro personal e inconfundible. Con *Historias de hadas para adultos*, Daína Chaviano invita a desbrozar terrenos vírgenes entre nosotros:



la obra no teme, sino que busca deliberadamente, la contaminación. Con su singular empleo de lo mágico y lo maravilloso se propone agredir la “pureza” del género. Estas noveletas son también un recordatorio de que la especulación sobre el futuro o la exposición de ideas sociales, éticas o morales, por valiosas que éstas sean, no justifican la existencia de la CF si está ausente de ella la condición de verdadera literatura.

Antonio Orlando Rodríguez. Escritor. Premio Alfaguara de Novela 2008.
<http://www.antonioorlandorodriguez.com>

